

—Por Dios y todos los Santos! Sois unos verdaderos locos! Lo qué estais haciendo no es mas que un juguete inútil. Para satisfacer vuestra curiosidad, para hallar alguna planta ó medir un cerro en América, abandonais vuestra patria y vuestras comodidades, exponiéndoos á grandes riesgos, peligros y contratiempos?..... ¡Oh que locura!..... Yo por mi parte os digo: de todos los goces de la vida, *exceptuando el sueño, es lo mas delicioso un buen pedazo de carne de res.*

En aquel momento sonó una campana de la iglesia, llamaban á misa.

El padre misionero se levantó con mucho trabajo del sillón, y con un profunda suspiro, por ser perturbado de su reposo, de un modo tan desagradable.

—Así nadie puede vivir en paz, dijo para sí. Luego dió mas órdenes á sus criados respecto de la matanza de la vaca, saludó apaciblemente á sus huéspedes y se alejó.

(1) Historia. Viajes, etc., Tomo I pág. 374.

CAPITULO XIII.

La barranca encantada.

Luego que se fué el monje, Humboldt no pudo contener una sonrisa de compasion, y dijo para sí: «La sensualidad se demuestra siempre cuando falta el trabajo intelectual,» y con mas celo emprendió sus trabajos.

Se habia propuesto determinar geográficamente el lugar de la Mision; pero ántes queria conocer las costumbres de los indios Caimas, visitándoles en sus chozas. A muy pocos encontró en ellas, pero de algunas salia humo, señal de que se encontraban allí sus moradores.

Los Caimas en lo general son de pequeña estatura, de cuerpos rechonchos, de anchas espaldas, los miembros redondeados y mórbidos, y en general de color trigueño. Sus facciones no tienen nada de salvajes, pero algo de serio y taciturno. Los ojos negros, hundidos y sombreados con tupidas pestañas. Humboldt fué agradablemente sorprendido por el orden y la limpieza que había en todas las cabañas. Sus papas, sus ollas llenas de yuca (*Yatropa manihot L.*) ó de maíz cocido; sus arcos y flechas, mostrándose en todo la limpieza, sobre todo en sus cuerpos, porque tanto los hombres como las mujeres y los niños, se bañaban todos los días, según el reglamento de la misión.

En lo demás encontró Humboldt, respecto de las mujeres, mucha semejanza con las otras tribus de indios. Su destino era el trabajo, unido á las penalidades y las tribulaciones. Ellas tenían precisamente que desempeñar las tareas del día, con excepción, cuando se trataba del servicio de la misión en el conuco de la comunidad, tomando entónces también parte los hombres, en honor y provecho de la Santa Madre Iglesia, y de la misión.

Humboldt observó con frecuencia, al volver los Caimas por la noche del campo, que los hombres colgaban por lo regular el arco, la flecha y el machete en la cintura, mientras les seguían las mujeres con una pesada carga de plátanos, por lo regular con un niño en los brazos, y llevando otros dos en las espaldas.

Y sin embargo..... mas soportable se hace el trabajo á estos hijos de la naturaleza, en comparación de las clases pobres y aún de los aldeanos de Europa.

En nuestros países cubre el trigo, la cebada y el centeno inmensos terrenos; en todas partes donde las naciones se mantienen de los cereales, están en contacto las tierras cultivadas, con los edificios correspondientes. En la zona tórrida, en donde el hombre pudo apropiarse plantas que le proporcionan cosechas mas ricas y mas tempranas, corresponde en esos países la inmensa fertilidad de los terrenos al calor sofocante de la atmósfera. Un pequeño pedazo de tierra, en el cual hay platanares, yucas, raíces ó maíz, mantiene con abundancia á una numerosa población.

Estas consideraciones, respecto de la agricultura de la zona tórrida manifiestan la íntima conexión que existe entre la cantidad de terrenos cultivados y el progreso social. Por grande que sea la abundancia de los comestibles que produce la riqueza del suelo y la fuerza productiva de la naturaleza orgánica, siempre se detiene por ello el desarrollo de la civilización de los pueblos. En un clima moderado y uniforme, no conoce el hombre otras necesidades que las de los alimentos. *Solo cuando se hace valer esta necesidad, se siente animado para el trabajo, y se comprende fácilmente, porque en el seno de la abundancia, en la sombra de los platanares y otros árboles frutales, no se desarrollan tan violentamente las facultades intelectuales, que bajo un cielo frío, en la re-*

gion de los cereales, donde nuestra generacion está en una lucha eterna con los elementos.

Esta circunstancia, que merece toda nuestra atencion, imprime un sello original al aspecto fisico de los países tropicales, y al carácter de sus habitantes; ambos conservan por eso en todo su ser algo de rústico; como es adecuado á una naturaleza, cuya fisionomía originaria no ha sido borrada aún por medio del arte. Sin vecinos, casi sin contacto con la gente, aparece cada familia de colonos como una tribu aislada. Este aislamiento detiene el progreso de la cultura, que solo se puede desarrollar proporcionalmente al número de la reunion de gente, y cuando se estrechan y multiplican los lazos entre ellos; mientras el aislamiento desarrolla y fortalece en el hombre el anhelo á la libertad; nutre ese sentimiento rígido de independencia que ha distinguido siempre á las naciones de América (1).

Por lo demás, todo el modo de vivir en las misiones estaba arreglado al modo de un convento. Todo se hacia segun reglas fijas é invariables que se observaban con gran severidad. Nada tenian que pensar, sino que creer y obedecer; para esto se les habia asegurado á los habitantes de la mision su sustento. La religion era una mezcla de mitos y usos cristianos y paganos, junto con un estricto culto exterior que no comprendian; y de púras fórmulas.

(1) Viajes de Humboldt, etc. tomo 2.º pág. 203.

Humboldt ya habia vuelto de su paseo á las cabañas, y no poseido de una gran admiracion por la actividad intelectual de los misioneros; estaba haciendo los preparativos para medir geométricamente la altura del gran cerro de piedra caliza, que habia en los límites del Norte de la mision, cuando Bonpland se acercó con pasos violentos.

—Era verdad! le dijo éste á Humboldt; desde lejos con cara risueña. Nunu ha estado aquí; hemos encontrado su huella. Pronto la volveré á ver.

Alejandro de Humboldt sonrió y pensó para sí: «Todos los hombres son un juguete de las pasiones. He aquí uno muy exaltado; mientras el buen padre misionero, siguiendo á su pereza y sensualidad, casi siempre está sentado en su sillón.

Sin embargo, Humboldt queria y estimaba á su amigo Aimé demasiado, para no participar de sus pesares y gustos. Por eso le preguntó Humboldt al llegar:

—¿Teneis, pues, noticia de la muchacha?

—Ha estado aquí con los dos zambos,

—Y ya se ha ido?

—Sí!

—¿A dónde?

—A la barranca encantada de Cuclivano.

—Allá donde debemos encontrar al zapatero de Araya.

—Y le hemos prometido hacerle saber cuando podamos estar allá.

En efecto: y casi hubiera olvidado la promesa. Mandaré á nuestro mulato para que le avise. Ahora decidme lo que habeis sabido respecto de Nunu.

—Los niños y los locos dicen la verdad, dijo Bonpland. Pensando en este proverbio, platicué con unos muchachas inditas de edad de diez á doce años de edad; (sus padres estaban en el campo,) les regalé un par de brazaletes de corales, y con esto les inspiré confianza. Les pregunté en seguida, si no habian visto á dos zambos con una niña. Pero, ¡Dios mio! qué trabajo me costó hacerme entender de ellas! El español de nuestro mulato es castizo, en comparacion de esa gerigonza.

—El padre ya nos lo habia dicho, le interrumpió Humboldt, que no se podia formar una idea, con cuanta dificultad aprendian los indios el español [1].

—Bien, continuó Bonpland. Algunas perlas produjeron su efecto.

—Como en nosotros, dijo Humboldt sonriendo.

—En efecto, fueron excelentes maestros, de manera que pudo al fin descifrar de la gerigonza, que los perros zambos estuvieron aquí hace poco, y confiaron á una familia de su raza que vive en la mision, una muchacha de catorce años de edad poco más ó ménos.

—Y ¿qué más?

—Esta gente es muy astuta. El suceso en el convento la ha hecho seguramente recelosa. La misma

(1) Viajes de Humboldt, etc. tomo 3.º pág. 210.

noche volvieron, y ántes que llegáramos á San Fernando, habian desaparecido con la muchacha.

—¿Y supieron las niñas á dónde se han dirigido?

—No, solo una de ellas que parecia ser la mas grande, y manifestaba sentir ya le amor, se puso muy pensativa. Guardó silencio por mucho rato, pero repentinamente pronunció las palabras *Cuchivano*, y *Cuchivano* repitieron las demás, alejándose corriendo como ciervos espantados.

—¿Y no habeis tomado otros informes?

—Por supuesto, pero nadie queria decir nada.

—¿Tampoco la familia de los zambos?

—Esta familia ha huido, y se estará probablemente oculta en los bosques, hasta que nos hayamos ido. Solo supe, respecto de la palabra *Cuchivano*, que los indios entienden por ella una cueva, con la cual relacionan cosas de brujería.

—Tal vez de ahí provendrán los cuentos fantásticos sobre el oro de nuestro zapatero, opinó Humboldt.

Al volver el padre capuchino de la iglesia, le preguntaron Humboldt y Bonpland si sabia algo de Nunu; pero el capuchino dijo que no sabia lo mas mínimo.

Sin proferir una palabra, se volvió á sentar en su sillón, silencioso y sonriendo escuchó las preguntas de Bonpland; movió la cabeza negativamente, y dijo que nada sabia.

Tampoco supo dar un consejo, porque la vaca ántes mencionada llamó toda su atencion, á lo ménos á cada

momento daba instrucciones á uno de los caimas, respecto del modo de matar dicho animal. Por la que hace á la barranca de Cuchivano, confirmó lo que habian dicho los indios; aún él mismo parecia tener la creencia de que en dicha barranca habia algo de hechicería. Fuegos extraños que salian de la tierra se veían allí con frecuencia durante la noche: tambien habló algo de oro.

Humboldt y Bonpland se convencieron de que tenian que obrar por sí mismos, y que tenian que visitar forzosamente aquella barranca, tanto por ver si encontraban á Nunu, como por concurrir á la cita que les habia dado el zapatero de Araya para aquel sitio, y despues de cerciorarse de la exactitud de sus suposiciones, de encontrar allí, según las indicaciones del capuchino, uno de los muchos volcanes del Sur de América.

El mulato, que conocia perfectamente el terreno, fué enviado á Araya, para que avisara al zapatero, mientras los dos amigos se ocupaban con empeño en operaciones geodésicas y exploraciones científicas en las inmediaciones de la mision, para poder emprender tan pronto como fuera posible, el viaje á la barranca encantada.

Bonpland trabajó con mas celo que nunca. Humboldt lo estimaba por esto en mayor grado; porque veía que por los asuntos de su amor, no olvidaba jamas, el gran problema de la empresa que habian emprendido.

Al fin, concluyeron sus trabajos.

Era una mañana espléndida del mes de Setiembre, un lunes, cuando emprendieron su marcha. El padre ya habia tomado asiento en su sillón, y delante de él se hallaban todos los habitantes de la mision. Repartia los trabajos para toda la semana; regañaba á los perezosos; reanimaba á los que mas empeño tomaban, regalándoles algunas imágenes de santos, y dictaba algunos castigos pesados. Con todo esto se notaba en sus facciones cierta bondad y benevolencia, que aún los mismos que habian de recibir los castigos, esperaban luego ser tratados con indulgencia.

Concluida esta ceremonia, en la cual no se dejó interrumpir el misionero, se despidieron de él Humboldt y Bonpland.

Se notó que la partida de los viajeros causó sentimiento al monge, pues con sus pláticas le habian ayudado á pasar el tiempo; sin embargo, no le conmovió mucho la despedida.

Con las manos sobre el abdomen, é inmóvilmente sentado en su sillón, se despidió de ellos tan cordialmente como los habia recibido. Luego se notó en sus labios una sonrisa burlona, por los tontos que jugueteaban inútilmente con la naturaleza..... sus cejas se bajaron pesadamente..... y volviendo á caer de nuevo en su sueño matutino..... olvidó extranjeros..... mundo..... mision..... y vida!.....

Los viajeros llegaron pronto á la cordillera á que

pertenecía el cerro de Cuchivano. El *Turiniquiri*, inmenso cerro de rocas, restos de una antigua region de la costa, se elevaba en medio de espesos bosques. Todos los alrededores estaban llenos de barrancas.

Una de ellas era la de Cuchivano.

Cuajada de árboles, cuyas ramas no tenían bastante espacio para extenderse, parecía como un inmenso foso, resultado de un hundimiento. En el fondo de ella se oía el ruido de un gran arroyo, llamado el río *Tuaqui*; cuyo conjunto formaba un cuadro pintoresco é imponente á la vez.

Los viajeros se detuvieron. Grande fué su sorpresa al ver salir, como lo aseguraban los indios, llamas al pié de una inmensa pared de rocas que media una altura de cinco mil piés. Se hallaban sobre un volcan, y no extrañaban que los indios atribuyesen á este fenómeno extraordinario para ellos, ideas de hechizos y milagros.

Humboldt meditaba sobre si el fuego que salia de las hendiduras del cerro, provenia del gas hidrógeno, ó si habia causas mas profundas, cuando sintió una mano sobre sus hombros. Se volvió sorprendido, y vió la cara seria del zapatero de Araya.

—Dios y la Santísima Virgen sean con vos; dijo en tono solemne y con la gravedad de un verdadero español.

Humboldt y Bonpland volvieron el saludo; pero no pudieron contener una sonrisa burlona al ver esta extraña figura.

—Bien! dijo Humboldt, me alegro que hayais cumplido con vuestra promesa.

—Dios es testigo de todos los pensamientos, dijo el zapatero; conoce todos los corazones, dice la escritura. ¿Por qué no habia de cumplir mi palabra, principalmente en este caso, cuando mi consejo puede ser útil á mi hermano?

—Teneis, pues, la intencion de llevarme á las minas de oro? preguntó Humboldt, aunque dudaba mucho que el buen hombre conociera una veta de esto metal.

Las facciones del zapatero habian tomado un aspecto muy sério al oír las palabras de Humboldt. Con ademán solemne llevó el dedo índice de la mano derecha á la boca insinuando reserva, pues no quería que se descubriera el secreto.

En efecto, era difícil para Humboldt hacer comprender al buen hombre, que Bonpland era su compañero en todo, y que tambien sus criados tenian que acompañarle.

El zapatero insistió en que solo á Humboldt, y cuando más á Bonpland enseñaria las vetas de oro, pero un suceso imprevisto dió diferente curso al asunto.

—¡Amo! ¡amo! gritó el mulato; ¡tigre! ¡tigre!

—¿Dónde? preguntaron Humboldt y su amigo á la vez, tomando sus armas en la mano y preparándolas á fin de estar listos para defenderse.

—No haber visto, contestó el criado; pero olfatearlo.....

En efecto, todos percibieron un olor singular y desagradable que el viento llevó hácia ellos.

—¿Y qué significa esto? preguntó Bonpland excitado.

—Excremento de tigre, exclamó el mulato con los ojos demasiado abiertos. Tener cuidado..... mala bestia..... tigres.....

Y machete en mano, adelantó algunos pasos con mucha precaucion á semejanza del tigre, que en acecho, está pronto á lanzarse sobre su víctima.

Repentinamente gritó:

—¡Aquí estado!..... ¡aquí estado!.... poco tiempo....

Y señalaba un lugar en la yerba.

Humboldt y Bonpland avanzaron tambien. En efecto, los restos de un puerco espin comido por un tigre, indicaron claramente que éste debia estar muy cerca.

—¡Bien! dijo Bonpland con los ojos chispeantes de placer, tendremos una caza de tigre.

Humboldt mandó luego al mulero que avanzara con las mulas hácia un conuco situado no muy lejos de la barranca. Los criados recibieron pistolas; el mulato llevaba su machete en la mano; pero el zapatero de

Araya, pálido como la muerte, no podia hacer ya objecion alguna contra el acompañamiento.

—¡Adelante, hácia la barranca encantada! dijo Humboldt con resolucion, teniendo él y Bonpland preparadas sus armas.

El zapatero hubiera preferido estar en su choza de Araya; pero no dió á conocer su miedo. Pálido, pero altivo como un rey, se adelantó; solo Humboldt se apercibió de que rezaba.

—Amo, dijo entónces el mulato á media voz, al bajar la pared de rocas; si venir tigre, dejar mulato..... mulato conocer tigre..... dar con machete.....

—¿Pero no será mejor matarle con un tiro? preguntó Bonpland.

—Mulato tener gusto matar tigre.

—¿Y tu vida?

—No acertar mulato..... tirar amo.....

—¿Y estás cierto de que acertarás?

—Mulato estar seguro..... cazar frecuentemente tigre..... Este tigre..... gran tigre.

—¿De qué lo inferes?

—En el conuco, informados.....

—Es cierto, interrumpió el zapatero de Araya, con una voz que dió á conocer la angustia de su alma. El mozo tiene razon. Al pasar esta mañana por el conuco, donde descansamos un rato, oimos decir al propietario

que un tigre le había comido la noche anterior un caballo. El animal se llevó su botín á la luz de la luna, poniéndole debajo de un colosal árbol de Ceiba. A los gemidos del caballo, despertaron los esclavos en el patio.

A media noche salieron á perseguirlo, armados de lanzas y machetes; pero desgraciadamente no lograron darle alcance.

¿De dónde venía?..... y ¿de dónde amenazaba el peligro?

El mulato se deslizó por entre los piés de Humboldt y Bonpland.

—Amo quedar parado, dijo á media voz; dejar buscar mulato.

Era interesante ver entónces como la figura amarillenta del mulato se deslizaba por el bosque como una serpiente, mirando á todas partes como un perro de caza: buscando con los ojos, y levantado el machete sobre su cabeza.

Reinaba un profundo silencio entre los que componían la caravana, los que inmóviles y conteniendo el aliento estaban listos para tirar.

Así pasaron algunos segundos....

Repentinamente dió el mulato un leve grito que los otros interpretaron como una señal para avanzar, lo que ejecutaron con mil precauciones y sin hacer el menor ruido.

Adelantaron algunos pasos, y descubrieron al mulato que estaba en observacion, oculto detrás de un tronco de árbol, y que les hacia señas con la mano para que llegaran hasta él.

El tronco era bastante grueso para ocultarlos á todos. Luego vieron á una distancia de cuarenta pasos un gran tigre.

Era un magnífico ejemplar, amarillento en los hombros, con manchas negras en los costados. El tigre estaba tendido sobre su botín que seguramente eran los restos del caballo que había robado el día anterior en el conuco.

El mulato, ansioso de luchar con el tigre, dijo:

—Dejar ahora mulato..... los demás quedarse aquí.....

Pero Humboldt le detuvo diciéndole:

—¿Estás loco? ¿O quieres acaso jugar con tu vida?

El mulato no le entendió, una risa salvaje de triunfo animaba sus facciones, mostró su machete y avanzó hácia el tigre, que comiendo su botín, se lamía de cuando en cuando el hocico ensangrentado, dejando oír un sordo ahullido de satisfacción.

Humboldt había asido de un brazo al mulato y no lo soltaba.

—Déjanos matar desde aquí el animal con un tiro, sin necesidad de que peligre ninguna vida humana.

Humboldt y Bonpland se disponian á hacer fuego.

En el mismo instante oyeron un ruido sobre sus cabezas. Involuntariamente levantaron la vista; era el zapatero de Araya que se habia subido al árbol, y cuya figura escuálida estaba sentada con gravedad en una rama, justamente como un dia D. Quijote en su Rosinante.

Por grave que fuese la situacion, todos sonrieron; pero la sonrisa desapareció, cuando oyeron un terrible rúgido.

Asustado el tigre habia levantado la vista y mirado á sus enemigos.

Sonaron dos tiros..... nuevo rúgido..... El tigre estaba herido, pero no mortalmente.

Luego le vieron arrojar espuma por la boca, chispeantes los ojos..... dispuesto á caer sobre la víctima..... La cabeza y parte del cuerpo casi tocando el suelo; levantada la parte trasera y la cola.

Con la expresion de un furor implacable, buscaba el irritado animal á su víctima.

Repentinamente flamearon sus ojos con más furia..... habia visto al mulato, que se le acercaba arrastrándose como una serpiente.

Humboldt y Bonpland le miraban con espanto. Volvieron á cargar sus armas, pero aún no acababan, cuando el tigre con un prodigioso salto se arrojó sobre el mulato.

—Está perdido, exclamó Humboldt, pálido y lleno de horror.

Por violento que fuese el salto del tigre, mas lo fué el mulato introduciéndole el machete en el pecho y atravesándole el corazon. Siguió un rúgido que retumbó en la barranca y que hizo estremecer á Humboldt y á Bonpland. Luego salieron chorros de sangre de la herida, hocico y narices de la fiera..... y cayó para no levantarse jamas.

Todos respiraron.

El mulato se levantó del suelo, mostró el contento de la victoria en su fisonomía, y poniendo el pié en la nuca del tigre ya muerto, dijo:

—Mulato matar bien..... con un solo golpe morir tigre.....

—Eres un hombre atrevido, dijo Humboldt acercándose con Bonpland; pero semejante atrevimiento pudo haberte costado la vida.

—Ved! dijo el mulato lleno de alegría. Mulato no tener miedo..... arriesgar gustoso vida por amo..... amo ser muy bueno!.....

—Solo la vida del justo es agradable al Señor, dijo en este momento una voz solemne, detras de Humboldt. Era la del zapatero de Araya, que habia bajado del árbol al ver muerto al tigre.

—Solo la vida del justo es agradable al Señor, repitió con gravedad, como si él mismo hubiera dado la

muerto al tigre. He visto matar á muchos animales en que mas de una piel colorada ó amarilla perdió la vida.

—¿No son acaso los indios, hombres como nosotros? preguntó Humboldt en tono de reproche.

—Apenas! dijo el oráculo, y ya iba á demostrar á Humboldt y á su amigo, que solo los blancos tenían por padres á Adán y á Eva, miétras las pieles coloradas, amarillas y trigueñas, tenían su procedencia de los grandes monos del interior de los bosques vírgenes, cuando afortunadamente Bonpland manifestó con energía la necesidad de continuar el camino hácia la barranca.

Pensaba en Nunu con palpitaciones del corazón.

Estaba allí?..... La encontraría?..... No pudo haber ahuyentado el tigre á los fugitivos, ó acaso los tiros?.....

Este último pensamiento le preocupó mas que todo.

¡Oh Dios! si ella adivinase que estaba tan cerca, y fuese llevada por los dos hombres!.....

Al fin partieron, solo el mulato no se fué sin haberle quitado al tigre muerto la magnífica piel, como trofeo de su victoria.

—Bonita cama para amo! dijo repetidas veces; bonita cama!..... mulato llevar buena cama.

La caravana se volvió á poner en marcha.

Pasaron una vereda angosta, que estaba á la orilla de un barranco, cuya profundidad era de mas de 300 piés, como se ven con frecuencia en la Suiza. Muy á menudo

no sabían los viajeros en dónde poner el pié. La bajada era tan trabajosa, que procuraron varias veces detenerse de los tallos de las lianas, que colgaban en todas partes de los árboles, como grandes reatas.

—¡No hagais esto! exclamó el zapatero en tono sentencioso; y cuando le preguntó Bonpland la causa de esta advertencia, contestó con Salomon: «El que esté parado, vea que no caiga!..... estas plantas se parecen á los malos amigos, están sueltas en las ramas, que enredan, cuyo jugo chupan; pero sus tallos tienen por junto un peso considerable, y apoyándose en ellos, en un terreno resbaladizo, se corre el peligro de arrancar todo, y con ello caer en el abismo.»

Por lo demás, los dos naturalistas no pudieron cargar con las plantas que á cada paso encontraban.

Las *caneas*, las *heliconias*, con la flor purpúrea, las *costus*, y otras plantas de la familia de las *Amoneas*, tenían allí una altura de ocho hasta diez piés. Su verde claro, su brillo semejante al de la seda, contrastaban visiblemente con el matiz moreno de los helechos de los árboles.

El zapatero de Araya estaba allí en su elemento. La expresion de su semblante recordaba la lechuza de Minerva. Era enteramente amor propio y sabiduría!..... *cada pulgada..... amor propio y sabiduría!*

Ya hacia con su cuchillo cortaduras en los troncos de los árboles, llamando la atencion de los viajeros, sobre